



LECTIO DIVINA

Bautismo del Señor y I semana del tiempo Ordinario
Del 12 al 18 de enero de 2020



“Somos sus hijos amados”

DOMINGO, 12 DE ENERO DE 2020
Jesús aumenta mi fe en Ti.

Oración introductoria

Espíritu Santo, abre mi corazón para acoger las palabras que Dios Padre me quiere regalar.

Petición

Señor Jesús, dame la gracia para cumplir siempre lo que Dios quiere y haga todo lo necesario para crecer en el amor.

Lectura del libro de Isaías (Is. 42,1-4.6-7)

Esto dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo (Sal 28,1a.2.3ac-4.3b.9b-10)

El Señor bendice a su pueblo con la paz.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 10,34-38)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que

acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él».

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 3,13-17)

En aquel tiempo, vino Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?». Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia». Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

Releemos el evangelio

San Jerónimo (347-420)

sacerdote, traductor de la Biblia, doctor de la Iglesia

Comentario sobre Mateo 3, 13-16

El bautismo de Jesús

“Entonces Jesús fue desde Galilea hasta el Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él”. El Salvador recibió el bautismo por tres razones. La primera razón, porque nacido de hombre quería cumplir con todas las prescripciones de la Ley. La segunda, porque deseaba suplir con su bautismo al bautismo de Juan. La tercera razón fue que, mientras santificaba las aguas del Jordán, el descenso de la paloma puso en evidencia que el Espíritu Santo desciende en los fieles en el bautismo. “Ahora déjame hacer esto”. Dice “ahora”, para

mostrar que si Cristo debía ser bautizado en el agua, Juan debía serlo por Cristo en el Espíritu.

O bien lo que dijo tenía otro significado: “Ahora déjame hacer esto”, porque tomé la forma de esclavo y quiero llegar a su plena humildad. Pero debes saber que el día del juicio tú deberás ser bautizado con mi bautismo. “Ahora déjame hacer esto”, tengo otro bautismo para ser bautizado, el bautismo de la Pasión (cf. Lc 12,50). Me bautizas en el agua para que yo, por mí, te bautice en tu sangre (cf. Mt 14, 3-12). “Conviene que así cumplamos todo lo que es justo”. No agregó si se trata de la justicia de la Ley o del orden natural, para que comprendiéramos que eran las dos. Si Dios ha recibido el bautismo de un hombre, que nadie considere indigno de recibirlo de un compañero de servidumbre. “En ese momento se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y dirigirse hacia él...”. Es el misterio de la Trinidad que se manifiesta en ese bautismo.

El Señor es bautizado, el Espíritu Santo descende bajo el aspecto de una paloma y se escucha la voz del Padre dando testimonio de su Hijo. Los cielos se abren, no que los elementos se separan sino que lo ven así los ojos del espíritu, esos ojos con los que Ezequiel vio también los cielos abiertos, tal como lo describe al comienzo de su libro (Ez 1,1). La paloma se dirige hacia Jesús, para que entendiéramos que la palabra del Padre no era para Juan sino para Jesús.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle». Este es el mensaje que el Padre da a los Apóstoles. El mensaje de Jesús es prepararlos, haciéndoles ver su gloria; el mensaje del Padre es: «Escuchadle». No hay un momento en la vida que no se pueda vivir plenamente escuchando a Jesús. En los momentos hermosos, deteneos y escuchad a Jesús; en los momentos malos, deteneos y escuchad a Jesús. Este es el

camino. Él nos dirá lo que tenemos que hacer. Siempre.» (*Homilía de S.S. Francisco, 25 de febrero de 2018*).

Meditación

Hasta ahora en la vida de Jesús, no ha habido gran conocimiento sobre Él. Está saliendo de Nazaret a la vida pública. La gente no sabe aún quién es o de dónde viene. Y aquí la Santísima Trinidad decide manifestarse por primera vez. El Hijo en el río, el Espíritu Santo en la paloma y el Padre en la voz.

Dios Padre habla dos veces en todos los evangelios. En la Transfiguración y en el Bautismo. Dos momentos solemnes. Que decide Dios Padre decir: «Este es mi Hijo...». Tanto tiempo ha esperado el pueblo de Israel al Mesías, y una voz del cielo habla y dice «Este es mi Hijo». ¡Nos quiere dar a entender que es este! ¡Este es! El que está aquí. Este que se llama Jesús. Es mi Hijo. Se los envió. Soy el Padre que está en el cielo y les envió a mi Hijo a la tierra. ¿Para qué me lo envía?

«El amado, en quien me complazco». Es el Hijo amado. El Padre ama al Hijo. Nos revela el amor del Padre al Hijo. Amor en el cual pone sus complacencias. El Hijo en el cual esta puesta la felicidad del Padre. Lo envía para que yo ponga mis complacencias en Él. Para amarlo. Para seguirlo. Para escucharlo. El Padre me dice que ponga en Él mi felicidad y no en otra cosa. Me lo envió a mí. Solamente para mí. Me avisa que es Este.

Pero nos cuesta creer en Jesús tantas veces. La fe la tenemos débil. Nos cuesta creer o tenemos dudas. O nos acercamos a Jesús a medias. O no nos acercamos a Jesús. Este día del Bautismo es un gran momento para pedirle al Señor que aumente nuestra fe. Que aleje las dudas a los obstáculos que nos impiden creer y acercarnos a Jesús. Y

específicamente con estas palabras que Dios Padre nos regala. «Este es mi Hijo, el Amado, en quien me complazco.»

Oración final

Jesús, fuente de la vida, que vienes a cancelar la condena de Adán, en el Jordán has acabado con el odio, concédenos la paz que supera toda inteligencia. Verbo esplendente enviado por el Padre, después de borrar las culpas de los mortales, ven a disipar las largas y tristes horas de la noche y mediante tu bautismo, haz salir resplandeciente a tus hijos de las olas del Jordán. Que se vista de blanco la raza humana, salga de las aguas como hijos de Dios y transforma la creación a imagen del Creador. *(De los “cantos” litúrgicos orientales).*

LUNES, 13 DE ENERO DE 2020

El llamado de Dios

Oración introductoria

Señor, concédeme avanzar en mi vida con el firme deseo de responder prontamente a tu amor.

Petición

Jesús, quiero dejar todo lo que me separe de tu amor, dame el gran don de permanecer siempre en estado de gracia.

Comienzo del primer libro de Samuel (1 Sam. 1,1-8)

Había un hombre sufita, oriundo de Ramá, en la serranía de Efraín, llamado Elcaná, hijo de Yeroján, hijo de Elihú, hijo de Toju, hijo de Suf, efraimita. Tenía dos mujeres: una se llamaba Ana y la otra Fenina;

Fenina tenía hijos, y Ana no los tenía. Aquel hombre solía subir todos los años desde su pueblo, para adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos en Siló, donde estaban de sacerdotes del Señor los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés. Llegado el día de ofrecer el sacrificio, repartía raciones a su mujer Fenina para sus hijos e hijas, mientras que a Ana le daba sólo una ración; y eso que la quería, pero el Señor la había hecho estéril. Su rival la insultaba, ensañándose con ella para mortificarla, porque el Señor la había hecho estéril. Así hacía año tras año; siempre que subían al templo del Señor, solía insultarla así. Una vez Ana lloraba y no comía. Y Elcaná, su marido, le dijo: «Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué te afliges? ¿No te valgo yo más que diez hijos?»

Salmo (Sal 115.12.13.14.17.18.19)

Te ofreceré, Señor, un sacrificio de alabanza.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 1,14-20)

Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio.» Pasando junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que eran pescadores y estaban echando el copo en el lago. Jesús les dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.» Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. Los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con él.

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Sermón para la fiesta de san Juan Evangelista

«Jesús les dijo: “Sígueme”» (Mc 1,17)

¡“Sígueme”! Jesús dice esas palabras (...) a cada cristiano. Sígueme, desnudo como yo estoy desnudo, libre de todo impedimento como yo soy libre.

El libro de Jeremías lo afirma: «Tú me llamarás ‘Mi padre’ y nunca dejarás de ir detrás de mí» (*Jer 3,19*). Sígueme entonces y deposita las cargas que llevas. Cargado como estás, no puedes seguirme, a mí, que avanzo corriendo. “Yo te busco ardientemente, mi alma tiene sed de ti” (*Sal 62,2*) dice el salmista sobre mí. Es mi sed por salvar a la humanidad. ¿Hacia dónde corrió él? Hacia la cruz. Corre tú también detrás de él. Como llevó su cruz por ti, toma la tuya, por tu bien. Por eso, estas palabras del evangelio de Lucas: “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo” renunciando a su voluntad propia, “que cargue con su cruz” mortificando sus pasiones, “cada día” continuamente, “y me siga” (*cf. Lc 9,23*).

(...) Jesús se dirige a nosotros como una madre que queriendo enseñar a su hijito a caminar, le muestra un pan o una manzana y le dice: “Ven hacia mí y te la daré”. Y cuando el niño está tan cerca que casi puede tomarla, ella se aleja un poquito mostrándole el objeto y diciéndole siempre “Sígueme si quieres tenerlo”. Ciertos pájaros tiran sus pequeños del nido y volando les enseñan a volar y a seguirlo. Jesús hace lo mismo. Se muestra a sí mismo como ejemplo y nos promete su recompensa en el Reino, para que lo sigamos. “Sígueme” porque yo conozco el buen camino y te guiaré. Leemos en el libro de Proverbios: “Yo te instruyo sobre el camino de la sabiduría, te encamino por

senderos rectos. Cuando camines no se acortará tu paso, y si corres, no tropezarás” (*Prov 4,11-12 LXX*). (...) Entonces, “sígueme”.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Estamos a la espera de que venga tu reino: lo pedimos y lo deseamos porque vemos que las dinámicas del mundo no lo facilitan. Dinámicas orientadas por la lógica del dinero, de los intereses, del poder. Cuando nos encontramos sumergidos en un consumismo cada vez más desenfrenado, que cautiva con resplandores deslumbrantes pero efímeros, ayúdanos, Padre, a creer en lo que imploramos: a renunciar a las cómodas seguridades del poder, a las engañosas seducciones de la mundanidad, a las vanas presunciones de creernos autosuficientes, a la hipocresía de guardar las apariencias. De esta manera no perderemos de vista ese Reino al que tú nos llamas.» (*Homilía de S.S. Francisco, 31 de mayo de 2019*).

Meditación

Comunicarse es algo que hacen todos los seres humanos día tras día. Basta voltear a nuestro alrededor y reflexionar un poco para darnos cuenta de cuántas veces la gente habla entre sí. Pero ¿cuántos escuchan? Es uno de los dramas de nuestra época: sabemos muy bien hablar, pero somos torpes para escuchar.

Los discípulos a los que Jesús encuentra primero en su camino vivían una realidad distinta. Eran hombres acostumbrados a estar haciendo cosas, pero también imbuidos de la actitud de espera que se vivía en su tiempo. Algunos en Israel creían que el Mesías estaba por llegar, y esto lo percibía por todas partes quien estuviera dispuesto a leer los signos de los tiempos. Jesús entra en este escenario con un mensaje claro de conversión. Continúa lo iniciado por Juan el Bautista, a pesar del riesgo que implicaba. Hay una urgencia que lo mueve. El

tiempo se ha cumplido. ¿Qué tiempo? El de Dios. El Reino se aproxima.

Este Reino es Jesús mismo que se acerca a todos cuantos quieren dejarse tocar por Él, a todos cuantos están dispuestos a convertir sus corazones hacia Él. Sí, los discípulos estaban siendo testigos de algo extraordinario. Pero eso no quiere decir que nosotros, a dos mil años de distancia, no podamos tener nuestra propia experiencia de llamamiento. Ellos sabían escuchar y, en el silencio de lo cotidiano, oyeron una voz que les dio la sencilla indicación de seguirlo. Ya sabemos qué fue de ellos, de esa audacia en su respuesta.

¿Nosotros respondemos también inmediatamente a esa voz? Es necesario, ahora más que nunca, asegurarnos que no estemos enmarañados en las redes del mundo. No sea que Jesús pase frente a nosotros, nos llame, y nosotros no podamos ir por tener las manos atadas.

Oración final

Porque tú eres Yahvé,
Altísimo sobre toda la tierra,
por encima de todos los dioses. *(Sal 97,9)*

MARTES, 14 DE ENERO DE 2020
Jesús cura.

Oración introductoria

Jesús hombre, quiero salir al encuentro de los demás como Tú saliste a mi encuentro. Pero antes, permíteme contemplar con paz los misterios de tu Evangelio que me dispongo a meditar.

Petición

Señor, dame la gracia de conocer y vivir tu doctrina del amor para entregarme a los demás con total desinterés y donación.

Lectura del primer libro de Samuel (Sam. 1,9-20)

En aquellos días, después de la comida en Siló, mientras el sacerdote Elí estaba sentado en su silla junto a la puerta del templo, Ana se levantó y, con el alma llena de amargura, se puso a rezar al Señor, llorando a todo llorar. Y añadió esta promesa: «Señor de los ejércitos, si te fijas en la humillación de tu sierva y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu sierva y le das a tu sierva un hijo varón, se lo entrego al Señor de por vida, y no pasará la navaja por su cabeza.» Mientras ella rezaba y rezaba al Señor, Elí observaba sus labios. Y, como Ana hablaba para sí, y no se oía su voz aunque movía los labios, Elí la creyó borracha y le dijo: «¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? A ver si se te pasa el efecto del vino.» Ana respondió: «No es así, Señor. Soy una mujer que sufre. No he bebido vino ni licor, estaba desahogándome ante el Señor. No creas que esta sierva tuya es una descarada; si he estado hablando hasta ahora, ha sido de pura congoja y aflicción.» Entonces Elí le dijo: «Vete en paz. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.» Ana respondió: «Que puedas favorecer siempre a esta sierva tuya.» Luego se fue por su camino, comió, y no parecía la de antes. A la mañana siguiente madrugaron, adoraron al Señor y se volvieron. Llegados a su casa de Ramá, Elcaná se unió a su mujer Ana, y el Señor se acordó de ella. Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso de nombre Samuel, diciendo: «Al Señor se lo pedí.»

Salmo (Sal. 152,1.4-5.6-7.8abcd)

Mi corazón se regocija por el Señor, mi salvador.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 1,21-28)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos entraron en Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su doctrina, porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios.» Jesús lo increpó: «Cállate y sal de él.» El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen.» Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica
§391-395

"¿Viniste para perdernos?"

Detrás de la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (*Gn 3,1-5*) que, por envidia, los hace caer en la muerte (*Sb 2,24*).

La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o diablo (*Jn 8,44; Ap 12,9*). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. "El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos" (*Concilio de Letrán IV, año 1215: DS, 800*).

La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (*2 P 2,4*). Esta "caída" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que

rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses" (*Gn 3,5*).

El diablo es "pecador desde el principio" (*1 Jn 3,8*), "padre de la mentira" (*Jn 8,44*). Es el carácter irrevocable de su elección, y no un defecto de la infinita misericordia divina lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado. "No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte" (*San Juan Damasceno, De fide orthodoxa, 2,4: PG 94, 877C*). La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "homicida desde el principio" (*Jn 8,44*) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (*Mt 4,1-11*). "El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo" (*1 Jn 3,8*).

La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios. Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«A cada uno. ¿Cómo encenderemos la esperanza si faltan profetas? ¿Cómo encararemos el futuro si nos falta unidad? ¿Cómo llegará Jesús a tantos rincones, si faltan audaces y valientes testigos? Hoy el Señor te invita a caminar con Él la ciudad, te invita a caminar con Él tu ciudad. Te invita a que seas discípulo misionero, y así te vuelvas parte de ese gran susurro que quiere seguir resonando en los distintos rincones de nuestra vida: ¡Alégrate, el Señor está contigo!» (*Homilía de S.S. Francisco, 21 de enero de 2018*).

Meditación

«Jesús enseñaba con autoridad, no como los escribas.» Jesús atrae las masas, todos le escuchan, los fariseos le envidian y critican. La gente está pendiente de lo que sale de su boca, pues Jesús no dice frases de libro ni repite sabios consejos de los mayores. Jesús habla con conciencia, ¡Él es el cumplimiento mismo de la Escritura, toda la Biblia hablaba de Él! ¿Qué necesidad tenía de estudiar? Sus palabras salían de su corazón, la misma fuente que había inspirado a los profetas de los textos antiguos.

Y la gente se daba cuenta de esto: de que Jesús no era un charlatán, que Jesús hablaba con autoridad, firme, con el corazón. Los judíos se reúnen el sábado para orar en la sinagoga. Ese es su día de descanso. Jesús curó a un endemoniado en la sinagoga el sábado. ¿No me curará a mí, un pecador en mi Iglesia el domingo cuando nos reunimos todos a rezar? ¿Cuánto tiempo me paso yo delante de Jesús para que me cure? ¿Cuánto aprovecho los medios que tengo para acercarme a Jesús, para encontrarme con Él? ¿Me doy cuenta de que mi formación consiste en ponerme a disposición de Jesús para que Él me forme con su palabra y saque mis demonios de mi interior? Vayamos al templo, dejemos que el Señor nos enamore con su autoridad, que cautive nuestros sentidos.

Y cuando el demonio que llevamos dentro empieza a gritar de dolor «¿qué quieres de mí, Señor? ¿Has venido a acabar con mi vida?,» dejemos que Él lo expulse: «Cállate y sal de él.» Que las palabras dulces de Jesús callen nuestro espíritu de queja y de querer guardar nuestra vida. Y que nuestra boca sea instrumento para la evangelización. «Todos se quedaron maravillados» y «su fama que se extendió por Galilea.» Lo que Jesús ha hecho con nosotros debe servir para la edificación de nuestros hermanos más próximos. Salgamos a compartir sus misericordias también con los lejanos.

Oración final

¡Yahvé, Señor nuestro,
qué glorioso es tu nombre en toda la tierra!
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el hijo de Adán para que de él te cuides? (Sal 8,2.5)

MIERCOLES, 15 DE ENERO DE 2020

Mi vida un regalo para mí y para los demás.

Oración introductoria

Señor, ayúdame a ver mi vida como regalo para mí y para los demás.

Petición

Jesús, el milagro que te pido hoy es que sepa corresponder al inmenso amor que me tienes, quiero vivir completamente dedicado a amarte y a agradarte, predicando tu Evangelio con mi vida.

Lectura del primer libro de Samuel (1 Sam. 3,1-10.19-20)

En aquellos días, el niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo, y no abundaban las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse, y no podía ver. Aún ardía la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó a Samuel, y él respondió: «Aquí estoy.» Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Respondió Elí: «No te he llamado; vuelve a acostarte.» Samuel volvió a acostarse. Volvió a llamar el Señor a Samuel. Él se levantó y fue a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Respondió Elí: «No te he llamado, hijo mío; vuelve a

acostarte.» Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel, y él se fue a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.» Elí comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho, y dijo a Samuel: «Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha."» Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes: «¡Samuel, Samuel!» Él respondió: «Habla, que tu siervo te escucha.» Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse; y todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel era profeta acreditado ante el Señor.

Salmo (Sal 39,2.5.7-8a.8b-9.10)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 1,29-39)

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: «Todo el mundo te busca.» Él les respondió: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido.» Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Sermón para el segundo domingo de Cuaresma

Jesús les dijo: «Vayamos...» (Mc 1,38)

Es cierto lo que escuchamos: «Jacob tuvo un sueño, vió una escalinata» (*Gen 28,12*). Porque por ella puedes elevarte. (...) Esta escalinata, con dos subidas y seis escalones, representa a Jesucristo con su naturaleza divina y humana y sus virtudes: la humildad y la pobreza, la sabiduría y la misericordia, la paciencia y la obediencia.

Jesús fue humilde asumiendo nuestra naturaleza y «miró con bondad la pequeñez de su servidora» (*Lc 1,48*). Fue pobre en el nacimiento, cuando la Virgen pobre lo dio a luz, lo envolvió en pañales y no tuvo otro lugar para posarlo que un pesebre de animales (*Lc 1,27*). Fue sabio en su predicación, porque «hizo y enseñó desde el comienzo» (*Hech 1,1*). Fue misericordioso recibiendo a los pecadores: «No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (*Mt 9,13*). Fue paciente bajo los golpes de caña y cuando lo escupían (*Mc 15,19*). «Endurecí mi rostro como el pedernal» (*Is 50,7*), dice por la boca de Isaías. «Cuando era insultado, no devolvía el insulto, y mientras padecía, no profería amenazas» (*1 Pe 2,23*). Hasta aceptó «por obediencia la muerte y muerte de cruz» (*Flp 2,8*).

Esta escalinata estaba apoyada sobre la tierra cuando Cristo predicaba y operaba milagros, ella tocaba el cielo cuando él pasaba sus noches a rezar al Padre. He aquí que la escalinata está lista. ¿Por qué no subes? ¿Por qué sigues arrastrando por tierra tus manos y pies? Sube. ¡Suban ángeles, obispos, superiores religiosos y fieles de Jesucristo! Suban y contemplen como el Señor es manso. Desciendan para ayudar y aconsejar, porque nuestro prójimo necesita eso. ¿Por

qué tratan de subir a esta montaña por otros medios, en vez de utilizar esta escalinata?

Palabras del Santo Padre Francisco

«La conclusión del pasaje de hoy indica que el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús encuentra su lugar más propio en el camino. A los discípulos que lo buscan para llevarlo a la ciudad -los discípulos fueron a buscarlo donde Él rezaba y querían llevarlo de nuevo a la ciudad-, ¿qué responde Jesús? “Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique”.

Este ha sido el camino del Hijo de Dios y este será el camino de sus discípulos. Y deberá ser el camino de cada cristiano. El camino. Como lugar del alegre anuncio del Evangelio, pone la misión de la Iglesia bajo el signo del «ir», del camino, bajo el signo del «movimiento» y nunca de la quietud. Que la Virgen María nos ayude a estar abiertos a la voz del Espíritu Santo, que empuja a la Iglesia a poner cada vez más la propia tienda en medio de la gente para llevar a todos la palabra sanadora de Jesús, médico de las almas y de los cuerpos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 4 de febrero de 2018).*

Meditación

Con frecuencia pensamos que somos autosuficientes e independientes. Creemos que no hemos de necesitar de alguien para triunfar y damos mérito de nuestras victorias a nosotros mismos, sin pensar en Aquél por el que todo lo bueno, verdadero y bello procede. Sin embargo, en ocasiones cuando nos encontramos en situaciones las cuales no dependen plenamente de nosotros, como lo es en este caso la suegra de Simón con fiebre, dicha actitud cambia porque nos percatamos que no somos dueños de todo, y que todo bien que experimentamos es un don de Dios para servir a los demás, tal como

lo hace la suegra de Simón al recobrar la salud gracias a Jesús.

Hoy, Jesús nos invita a reconocer nuestra vida como un don suyo y una prueba de amor incondicional hacia nosotros, pues vivimos porque nos amó antes de que lo conociéramos. El Señor desea expulsar de nosotros todo aquello que nos impide amar a los demás, todo espíritu egoísta y orgulloso que nos impide ver la belleza y plenitud que experimentamos al amar como Él. Hoy es el día de crecer y renovar nuestra entrega a Él empezando por preguntarle: «Señor, ¿qué me impide poder donarme a Ti y a los demás como Tú lo deseas?»

Oración final

Cantad a Yahvé, bendecid su nombre!
Anunciad su salvación día a día,
contad su gloria a las naciones,
sus maravillas a todos los pueblos. *(Sal 96,2-3)*

JUEVES, 16 DE ENERO DE 2020

Cristo está entre nosotros.

Oración introductoria

Hola, Jesús. Me olvido de todo, de todo lo que me preocupa. Quiero estar contigo, pero antes eres Tú quien quiere venir a mi vida porque sabes que esa es mi felicidad.

Tú, Padre, que me conoces como hijo en Jesús, ves que me dispongo a contemplar las verdades que mi corazón busca y las cuales sólo tienen respuesta en tu Hijo. Espíritu Santo, guía mi mente y corazón para encontrar tu amor y tus fuerzas consoladoras.

Petición

Jesús, dame el gran don de permanecer siempre en estado de gracia, es el único camino en que podré ser fiel a tu amor.

Lectura del primer libro de Samuel (1 Sam. 4,1-11)

En aquellos días, se reunieron los filisteos para atacar a Israel. Los israelitas salieron a enfrentarse con ellos y acamparon junto a Piedrayuda, mientras que los filisteos acampaban en El Cerco. Los filisteos formaron en orden de batalla frente a Israel. Entablada la lucha, Israel fue derrotado por los filisteos; de sus filas murieron en el campo unos cuatro mil hombres. La tropa volvió al campamento, y los ancianos de Israel deliberaron: «¿Por qué el Señor nos ha hecho sufrir hoy una derrota a manos de los filisteos? Vamos a Siló, a traer el arca de la alianza del Señor, para que esté entre nosotros y nos salve del poder enemigo.» Mandaron gente a Siló, a por el arca de la alianza del Señor de los ejércitos, entronizado sobre querubines. Los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés, fueron con el arca de la alianza de Dios. Cuando el arca de la alianza del Señor llegó al campamento, todo Israel lanzó a pleno pulmón el alarido de guerra, y la tierra retembló. Al oír los filisteos el estruendo del alarido, se preguntaron: «¿Qué significa ese alarido que retumba en el campamento hebreo?» Entonces se enteraron de que el arca del Señor había llegado al campamento y, muertos de miedo, decían: «¡Ha llegado su Dios al campamento! ¡Ay de nosotros! Es la primera vez que nos pasa esto. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos libraré de la mano de esos dioses poderosos, los dioses que hirieron a Egipto con toda clase de calamidades y epidemias? ¡Valor, filisteos! Sed hombres, y no seréis esclavos de los hebreos, como lo han sido ellos de nosotros. ¡Sed hombres, y al ataque!» Los filisteos se lanzaron a la lucha y derrotaron a los israelitas, que huyeron a la desbandada. Fue una derrota tremenda: cayeron treinta mil de la

infantería israelita. El arca de Dios fue capturada, y los dos hijos de Elí, JofnÍ y Fineés, murieron.

Salmo (Sal 43,10-11.14-15.24-25)

Redímenos, Señor, por tu misericordia.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 1,40-45)

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme.» Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio.» La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.» Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.

Releemos el evangelio

Papa Francisco

Encíclica “Lumen fidei / La Luz de la fe”, § 56-57

La fe, fuerza que conforta en el sufrimiento

El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor... La luz de la fe no nos lleva a olvidarnos de los sufrimientos del mundo.

¡Cuántos hombres y mujeres de fe han recibido luz de las personas que sufren! San Francisco de Asís, del leproso; la Beata Madre Teresa de Calcuta, de sus pobres. Han captado el misterio que se

esconde en ellos. Acercándose a ellos, no les han quitado todos sus sufrimientos, ni han podido dar razón cumplida de todos los males que los aquejan. La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar.

Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, « inició y completa nuestra fe » (*Hb 12,2*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pensad que la mayor parte de la vida pública de Jesús ha pasado en la calle, entre la gente, para predicar el Evangelio, para sanar las heridas físicas y espirituales. Es una humanidad surcada de sufrimientos, cansancios y problemas: a tal pobre humanidad se dirige la acción poderosa, liberadora y renovadora de Jesús. Así, en medio de la multitud hasta tarde, se concluye ese sábado. ¿Y qué hace después Jesús? Antes del alba del día siguiente, Él sale sin que le vean por la puerta de la ciudad y se retira a un lugar apartado a rezar. Jesús reza.

De esta manera quita su persona y su misión de una visión triunfalista, que malinterpreta el sentido de los milagros y de su poder carismático. Los milagros, de hecho, son “signos”, que invitan a la respuesta de la fe; signos que siempre están acompañados de palabras, que las iluminan; y juntos, signos y palabras, provocan la fe y la conversión por la fuerza divina de la gracia de Cristo.» (*Homilía de S.S. Francisco, 4 de febrero de 2018*).

Meditación

Hace unas semanas celebrábamos el nacimiento de Jesús y ahora lo encontramos ya mayor. Dios, quien se encarna, se acerca al reconocernos como sus hijos que estamos necesitados de salud física y espiritual. Cristo se encarna para salir a nuestro encuentro personal y nos da la fuerza para seguir adelante con esperanza. Supliquemos de rodillas sabiendo que estamos enfermos, de otra manera podremos caer en el peligro de sentirnos fuertes, pasando Jesús por nuestra vida sin darnos cuenta.

En cuanto nuestra súplica, entre más sincera sea, con mayor fuerza entrará la luz del amor de Jesús en nuestro cuerpo y nuestra alma. Esa luz sana y rompe las cadenas de la esclavitud a nuestra preocupación y egoísmo, con tal fuerza, que no podemos no gritar al mundo los milagros de cada día. En la vida ordinaria está Dios, vemos que quiere vivir en la humildad, estar oculto para no fastidiar, pero acogiendo nuestros deseos de felicidad.

Entonces, que la oración sea una súplica que sale del corazón lastimado por el yugo que llevamos. Cristo está entre nosotros y nos ve a los ojos, infundiendo un valor que sana y nutre nuestros deseos de amor y eternidad.

Oración final

Entrad, rindamos homenaje inclinados,
iarrodillados ante Yahvé que nos creó!
Porque él es nuestro Dios,
nosotros somos su pueblo,
el rebaño de sus pastos.

VIERNES, 17 DE ENERO DE 2020

SAN ANTONIO, ABAD

Recordar las gracias de Dios.

Oración introductoria

Señor, ayuda a calmar la sed que tengo de Ti en este momento de oración.

Petición

Señor, creo en Ti y en Ti confío. ¡Aumenta mi esperanza!

Lectura del primer libro de Samuel (1 Sam.8,4-7.10-22a)

En aquellos días, los ancianos de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Ramá. Le dijeron: «Mira, tú eres ya viejo, y tus hijos no se comportan como tú. Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones.» A Samuel le disgustó que le pidieran ser gobernados por un rey, y se puso a orar al Señor. El Señor le respondió: «Haz caso al pueblo en todo lo que te pidan. No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren por rey.» Samuel comunicó la palabra del Señor a la gente que le pedía un rey: «Éstos son los derechos del rey que os regirá: a vuestros hijos los llevará para enrolarlos en sus destacamentos de carros y caballería, y para que vayan delante de su carroza; los empleará como jefes y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y segadores de su cosecha, como fabricantes de armamento y de pertrechos para sus carros. A vuestras hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. Vuestros campos, viñas y los mejores olivares os los quitará para dárselos a sus ministros. De vuestro grano y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios y ministros. A vuestros criados y criadas, vuestros mejores burros y bueyes, se los llevará para usarlos en su hacienda. De vuestros rebaños os exigirá diezmos. Y

vosotros mismos seréis sus esclavos. Entonces gritaréis contra el rey que os elegisteis, pero Dios no os responderá.» El pueblo no quiso hacer caso a Samuel, e insistió: «No importa. ¡Queremos un rey! Así seremos nosotros como los demás pueblos. Que nuestro rey nos gobierne y salga al frente de nosotros a luchar en la guerra.» Samuel oyó lo que pedía el pueblo y se lo comunicó al Señor. El Señor le respondió: «Hazles caso y nómbrales un rey.»

Salmo (Sal 88,16-17.18-19)

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 2,1-12)

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Él les proponía la palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico y, como no podían meterlo por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados.» Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?» Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados quedan perdonados" o decirle "levántate, coge la camilla y echa a andar"? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...» Entonces le dijo al paralítico: «Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.» Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual.»

Releemos el evangelio

Juan de Cárpatos (VII s.)

monje y obispo.

Carta a los monjes de la India

«Tus pecados te son perdonados» (Mt 9,2)

¿Por qué estás afligido? Mira. Si un hombre tiene las manos pegajosas, un poco de aceite las limpia. Más aún puede purificarte la piedad de Dios. Porque lo mismo que no tienes problema para lavar tu ropa, lo mismo y mucho más, es fácil al Señor lavarte de lo reprochable, aún si cada día tienes naturalmente que experimentar la tentación.

En el momento que dices «He pecado contra el Señor», te es dada la respuesta: «Tus pecados te son perdonados» (Mt 9,2); «Yo soy el que borra tus pecados... y ya no me acordaré de ellos» (Is 43,25). «Cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados. Como un Padre cariñoso con sus hijos, así es cariñoso el Señor con sus fieles» (Sal 103 (102), 12-139 LXX). No te desvíes, no te alejes de quien te ha elegido para cantar y rezar, sino que durante toda tu vida permanece pegado a él, por pura confianza o por santa audacia y confesión valiente. Él te escucha y te purifica.

Dios es el que nos justifica, por amor ¿Quién se atrevería a condenarnos? (cf. Rom 8,33). Si invocamos el Nombre del Señor Jesucristo, nuestra conciencia es fácilmente purificada y nada nos separa de los profetas y de otros santos. Porque Dios no nos ha destinado a la cólera sino a la salvación por Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros. Así, sea que estemos velando con las virtudes o que durmamos por algunas miserias donde nos han llevado las circunstancias, nosotros viviremos unidos a Cristo (1 Tes 5,9-10). Volvemos hacia él nuestra mirada, gimiendo profundamente, llorando sin cesar, pero sólo respirando a Cristo.

«Revistámonos con la coraza de la fe y del amor y cubrámonos con el casco de la esperanza de la salvación» (1 Tes 5,8), para que no puedan penetrarnos las flechas del desaliento y de la desesperación.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y a esta escuela de Jesús, médico y hermano de los que sufren, estáis llamados vosotros, médicos creyentes en Él, miembros de su Iglesia. Llamados a acercaros a aquellos que atraviesan por momentos de prueba por causa de la enfermedad. Estáis llamados a prestar atención con delicadeza y respeto por la dignidad y la integridad física y mental de las personas.

Estáis llamado a escuchar atentamente para responder con palabras adecuadas, que acompañen los gestos de cura, haciéndolos más humanos y, por lo tanto, también más efectivos. Estáis llamado a alentar, a consolar, a levantar, a dar esperanza. No se puede curar ni ser curado sin esperanza; en esto todos estamos necesitados y agradecidos a Dios, que nos da esperanza.» (*Discurso de S.S. Francisco, 22 de junio de 2019*).

Meditación

Imaginémonos que vamos vagando por un desierto y llevamos ya una semana, creo, y debe de ser así, que la sed debe ser mucha, seguramente tendremos ganas de encontrar un oasis o que llueva para poder saciar nuestra sed. Algo similar se nos presenta en el Evangelio, cuando Jesús retorna a Cafarnaúm las personas eran tantas que se agolpaban en la puerta porque tenían sed de la Palabra de Dios. Ya habían tomado de la frescura de sus palabras y querían volver a refrescar su alma con aquellas palabras.

Y yo, ¿dónde sacio mi «sed»? Después que algunos de ellos habían tomado de esa fuente quieren hacer participar a otros y es cuando

estos cuatro hombres le llevan a este paralítico, que probablemente era amigo de ellos. Aquí, en este encuentro, sucede algo maravilloso como ya sabemos, Jesús le perdona todos sus pecados y le cura su «parálisis», pero le dice algo muy importante: «toma tu camilla y vete». Es curioso por qué Cristo le dice «toma tu camilla», y esto es precisamente para que recuerde las gracias que Dios ha hecho por él, que cada vez que vea esa camilla se acuerde de las muchas gracias y bendiciones que en ese día su gran amigo Jesús ha hecho por él.

Oración final

Lo que hemos oído y aprendido,
lo que nuestros padres nos contaron,
no lo callaremos a sus hijos,
a la otra generación lo contaremos:
Las glorias de Yahvé y su poder,
todas las maravillas que realizó. *(Sal 78,3-4)*

SÁBADO, 18 DE ENERO DE 2020

Llamados para grandes cosas.

Oración introductoria

Señor, abre mi corazón para descubrir qué es lo que quieres de mí.

Petición

Señor, creo en Ti y en Ti confío. ¡Aumenta mi esperanza!

Lectura del primer libro de Samuel (1Sam.9,1-4.17-19; 10,1a)

Había un hombre de Loma de Benjamín, llamado Quis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Becorá, hijo de Afiaj, benjaminita, de buena posición. Tenía un hijo que se llamaba Saúl, un mozo bien plantado; era el israelita más alto: sobresalía por encima de todos, de los hombros arriba. A su padre Quis se le habían extraviado unas burras; y dijo a su hijo Saúl: «Llévate a uno de los criados y vete a buscar las burras.» Cruzaron la serranía de Efraín y atravesaron la comarca de Salisá, pero no las encontraron. Atravesaron la comarca de Saalín, y nada. Atravesaron la comarca de Benjamin, y tampoco. Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le avisó: «Ése es el hombre de quien te hablé; ése regirá a mi pueblo.» Saúl se acercó a Samuel en medio de la entrada y le dijo: «Haz el favor de decirme dónde está la casa del vidente.» Samuel le respondió: «Yo soy el vidente. Sube delante de mí al altozano; hoy coméis conmigo, y mañana te dejaré marchar y te diré todo lo que piensas.» Tomó la aceitera, derramó aceite sobre la cabeza de Saúl y lo besó, diciendo: «El Señor te unge como jefe de su heredad. Tú regirás al pueblo del Señor y lo librarás de la mano de los enemigos que lo rodean.»

Salmo (Sal 20,2-3.4-5.6-7)

Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 2,13-17)

En aquel tiempo, Jesús salió de nuevo a la orilla del lago; la gente acudía a él, y les enseñaba. Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme.» Se levantó y lo siguió. Estando Jesús a la mesa en su casa, de entre los muchos que lo seguían un grupo de publicanos y pecadores se sentaron con Jesús y sus discípulos. Algunos escribas fariseos, al ver que comía con publicanos y pecadores, les dijeron a los discípulos: «¡De modo que

come con publicanos y pecadores!» Jesús lo oyó y les dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.»

Releemos el evangelio

Juan de Cárpatos (VII s.)

monje y obispo.

Carta a los monjes de la India

El gran médico está cerca

El gran médico de los que sufren está cerca. Ha tomado sobre él nuestras enfermedades. Nos ha sanado por sus heridas (*cf. Is 53,5; Mt 8,17*). Está aquí, aplica ahora los remedios saludables. En efecto, está escrito: “yo hiero y doy salud, y no hay nadie que libre de mi mano” (*Dt 32,39*). No temas. Cuando termine mi ardiente cólera, de nuevo sanaré.

Lo mismo que una madre no se olvida de su criatura, ni deja de compadecerse del hijo de sus entrañas, yo no te olvidaré (*cf. Is 49,15*). Si el pajarito derrama su ternura sobre sus pequeños, si viene a ellos en todo momento, los llama, les da el alimento en su boca, cuanto más mi compasión se extiende sobre mis criaturas. Mucho más derramo sobre ti mi ternura. Te visito secretamente. Hablo a tu inteligencia. Llevo alimento para tu reflexión, que se abre como el pico de una pequeña golondrina.

Te doy el alimento del temor del Todopoderoso, del deseo del cielo, el alimento del consuelo de los gemidos, de la compunción, el alimento del canto, del conocimiento profundo, el alimento de los misterios divinos. Si miento cuando te hablo así, pruébame y me callaré. Aquí tienes lo que el Señor no cesa de decir a nuestros pensamientos. ¡Qué el Padre de las misericordias y Padre de todo consuelo, les de consuelo eterno y bella esperanza, en Cristo Jesús

nuestro Señor! (cf. 2 Cor 1,3-7). A él la gloria y el poder por los siglos de siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Señor nos llama por nuestros nombres y nos dice: ¡Sígueme! No para hacernos correr detrás de espejismos, sino para transformarnos a cada uno en discípulos-misioneros aquí y ahora. Él es el primero en desmentir todas las voces que buscan adormeceros, domesticaros, anestesiaros o silenciaros para que no busquéis nuevos horizontes.

Con Jesús siempre hay nuevos horizontes. Él nos quiere transformar a todos y hacer de nuestra vida una misión. Pero nos pide una cosa, nos pide que no tengamos miedo a ensuciarnos las manos, de no tener miedo de ensuciarnos las manos.» (*Discurso de S.S. Francisco, 7 de septiembre de 2019*).

Meditación

Hoy, en el Evangelio, Jesús nos sorprende nuevamente. Llama a Leví, quién será conocido en la Iglesia como el evangelista san Mateo, a una vida nueva. Lo llama a darlo todo, a dejarlo todo para una gran misión. San Marcos narra que Jesús vio a Mateo «sentado al mostrador de impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Se levantó y lo siguió.» (*Mc 2, 14*). ¡Verdaderamente increíble! ¿Cómo habrá sido la fuerza de la presencia de Jesucristo que Mateo inmediatamente fue capaz de dejar sus monedas y su fama para seguirlo a Él?

Caravaggio pintó esta misma escena, *La Vocación de Mateo*, en el año 1600. Actualmente esta famosa pintura se encuentra en la Iglesia de San Luis de los Franceses en la ciudad de Roma. Caravaggio pinta a Jesús del lado derecho que está llamando a Mateo (tercero de izquierda a derecha). Si fijas bien tu mirada en Mateo, percibirás que la

ropa que está usando no corresponde a la del tiempo de Cristo, sino que es una vestimenta del siglo XVII, cuando fue pintado este cuadro de estilo barroco. Creo que este pequeño detalle nos dice mucho. Cristo no sólo llamó en Israel a sus apóstoles hace 2000 años, también llama en la actualidad. Sí, el mismo Cristo también te llama a ti, que usas ropa del siglo XXI. Cristo te tiene una misión personal a la que te llama para transformar el mundo.

Ahora en este momento de oración pregúntale a Jesús: «Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Qué misión me tienes encomendada? ¿Qué me pides hoy para llevar tu amor a todos los rincones de la tierra?»

Oración final

Guarda a tu siervo también del orgullo,
no sea que me domine;
entonces seré irreprochable,
libre de delito grave. *(Sal 19,14)*